

ESPAÑA

8-279

Madrid, 28 de julio.



1923

Año IX.—Núm. 380

SEMENARIO DE LA VIDA NACIONAL

SUMARIO

Limpiabotas, por Miguel de Unamuno. - La Bolsa y la Vida: El sindicalismo profesional de los empleados de Banca. - Memorial de guerra: Glosas al libro del general Berenguer, III, por Manuel Azaña, - El ministro de Estado y los españoles de Méjico. - Caprichos: Genealogías, por Ramón Gómez de la Serna. - Cataluña: Sindicalismo y nacionalismo, por José Peiró. - Marruecos: El botín de la guerra, por Edmundo Rosa. - Benito Mussolini, neofacista, por Camilo Barcia Trelles. - Poesías, por Pedro Perdomo Acedo, y Carranque de Ríos. - Libros. - La Semana Teatral.

LIMPIABOTAS

Dícese, aunque sin mucha razón, que los niños y los locos suelen decir las verdades. El señor marqués de Villaviciosa de Asturias no es propiamente un niño pero tampoco un loco aunque muchos le tengan por tal. Es más bien un gran humorista con un gran valor cívico en su humorismo. Apoyado en cualidades físicas y morales de cazador de osos. Es un cazador de osos que se entretiene en hacer como que quiere asustar a los senadores y en que la gente se ría del Senado. En todo caso es más divertido, más original y más juicioso que fué su padre don Alejandro Pidal y Mon. Que no tenía chiste ninguno y hablaba más en camelo y con mucho menos sentido que su hijo.

En cierta ocasión dijo don Alejandro que Dios se reía de sus enemigos y *Clarín* salió diciéndole que Dios no se ríe. Escriturariamente era don Alejandro quien entonces —¡cosa rara!—estaba en lo firme, porque eso de la risa de Dios es expresión bíblica. Se lo habría oído don Alejandro al Excmo. Sr. D. Fr. Zeferino Gonzalez O. P. arzobispo y cardenal. Dios se ríe de sus enemigos y se sonríe de las salidas del marqués de Villaviciosa de Asturias. Y las inspira.

El otro día dijo el amenísimo cazador de osos y paisano del rey don Favila que habrá que decapitar a los limpiabotas del rey. Decapitarlos? Y para qué queremos sus cabezas? No, que se queden con ellas. En cuanto a lo de limpiabotas...

Ya el señor marqués de la Viesca se había ofrecido para limpiabotas, aunque no precisamente del rey. Y por qué se ha de presentar ese oficio de limpiabotas como el de mayor servilidad? Sin duda que los más de los ministros de la Corona se han postrado ante esta con menos digni-

dad que ante nosotros se arrodilla el que nos lustrea las botas cuando las tenemos puestas.

Un limpiabotas, en rigor, puede no prosternarse ante nadie y lustrear las botas sin ver al amo de ellas. Como un ministro de una monarquía puede lustrear la corona, el cetro, el trono u otro chirimbolo así sin ver al dueño. Ni hace falta que las botas estén puestas en los pies de su dueño para lustrearlas—suponemos que a S. M. no se las lustrearán puestas—ni hace falta que la corona esté sobre la cabeza del coronado para sacarle brillo. Las botas fuera de los pies son la institución; en ellos son otra cosa.

Pero aun podríamos pasar que se le lustreen a un monarca cualquiera las botas, y botas de montar, teniéndolas puestas—y si no lo hace bien, espolazo!—si el lustre fuera bueno. Hay quien cree que ese lustre hay que hacerlo con crema de manteca humana.

No recordamos qué filósofo pesimista, acaso Schopenhauer, dijo que el hombre civilizado era capaz de matar al prójimo para sacarle las mantecas y darse con ellas lustre a las botas. Y cada vez que oímos que una victoria guerrera, que una conquista cruenta, da lustre a un reinado nos acordamos de esa terrible frase.

Una vez que hablando de las señoras que se disfrazan carnavalescamente de enfermeras de la Cruz Roja —¡Kodac al canto!—dijimos que esos roperos bajo la advocación de una santa dinástica pueden servir para aprestar mortajas para los que mueren en Marruecos por dar lustre al reino y para coserle camisas limpias se nos dijo que era abusar de la metáfora. Todavía no se nos había sugerido esta nueva, la del lustre.

Para dar lustre al Reino, para tapar con ese lustre las rozaduras de 1898, para encubrir con él los remiendos de entonces, para eso se ha echado a Marruecos buena

parte de la flor de nuestra juventud. Su sangre no ha abonado para la nación española aquellas bravas tierras, pero sus mantecas han servido para dar lustre al Reino. Ahora que con las cabezas de los limpiabotas no podremos hacer nada.

Todo este comentario les podrá parecer de mal gusto a todos esos conservadores que andan salidos de madre. Ojalá sus cosas y dichos y hechos fuesen de gusto, aunque fuera malo! Y además no estamos ahora para tales repulgos.

No sabemos cual será la suerte de los limpiabotas cuando se publiquen estas líneas. Empiezan a encorvar el cuello bajo el yugo de la razón de Estado. Y ya parecen naturales las frases gruesas de un general aclamado por los que piden justicia. Se va acabando la habilidad.

Pronto habrá que deslustrar al reino y que se vea el cuero.



MIGUEL DE UNAMUNO.



LA BOLSA Y LA VIDA

EL SINDICALISMO PROFESIONAL
DE LOS EMPLEADOS DE BANCA

Los negocios de Banca y Bolsa no pertenecen a la mística. Conviene hacer esta salvedad por lo mismo que tampoco caben en el orden puramente material a que suele reducirlos la consideración pública. Toda especulación, financiera o filosófica, implica, como invención humana que es, una materia opinable. No ya, pues, los catecúmenos, los profanos podemos entrar en los modernos templos que por doquier eleva el culto al becerró o al caballo de oro. El crédito en que se basa la vida económica del mundo requiere, no la fe ciega, pero el ojo alerta. Esto va contigo, lector curioso, y, sobre todo, contigo, lector remiso, atento no más a cortar el cupón.

Tranquilízate. Te alarmas sin motivo. El sindicalismo de los empleados de Banca y Bolsa no subvierte ninguno de los principios sociales en que se funda tu sosiego. Lejos de quebrantar la disciplina del régimen económico vigente, la afirma en un sistema que impone una regla general sobre toda arbitrariedad eventual en el criterio directivo. Vamos a ver:

«El caso fué porque un día» a los hombres parapetados pluma en ristre tras el alto pupitre de un Banco no les sale la cuenta que se hacen, una vez cerrados cuantos balances les compete calcular. La casa, la comida, la camisa, el traje de americana, las botas y el sombrero y la corbata que cumplen a su condición—aun renunciando o reduciendo todo solaz y esparcimiento—, han aumentado de precio en proporción a la subida de jornales en los oficios, al alza de los productos de primera necesidad, a la carestía monstruosa que se muerde la cola; mientras ellos siguen ganando menos que un albañil. Otros ejemplos, alimentando por modo evidente la experiencia propia, mueven a los empleados de Banca y Bolsa a asociarse en Sindicato profesional. La luz viene de Barcelona.

Pronto reconocen los patronos consejeros de las adminis-

traciones bancarias la vanidad de toda resistencia declarada. En el teatro de la Zarzuela de Madrid se celebra la asamblea constituyente del Sindicato. Los reunidos aprueban las bases de un contrato de trabajo con los patronos, que ha de empezar a regir en 1.º de julio corriente. Tras no muy empuñada discusión los patronos aceptan, y firman con los representantes del Sindicato las bases que implican su reconocimiento: salarios de 60 pesetas mensuales para la categoría de entrada—catorce años de edad—antes sin retribución, en concepto de aprendizaje meritorio; escala mínima de sueldos (5.100 pesetas anuales a los quince años de servicio y treinta y uno de edad; 6.960 de los treinta y seis en adelante) con extensión a los subalternos, cobradores—300, 400 pesetas mensuales—botones, ordenanzas, serenos, y al personal femenino—60 pesetas, 250, según la edad—; la jornada de cuarenta y cinco horas de trabajo semanal—ocho diarias en semana inglesa—con ciento cuarenta y cuatro horas extraordinarias al año, en compensación de dos pagas estimadas en concepto de participación en los beneficios, y no en el de simple gratificación graciosa como se acostumbraba; justificación de los despidos eventuales con expediente en forma, y en caso de exceso de personal, siempre por turno riguroso de menor antigüedad en el negociado correspondiente.

En realidad el Sindicato más que ejerce un acto de fuerza, incipiente pero segura, ha querido afirmarse en un estado de derecho. Ninguna merma considerable puede significar tal aumento de gastos de personal en Bancos que han podido cerrar los últimos ejercicios con un beneficio de treinta y dos millones y medio de pesetas, y una utilidad líquida de quince, lo que representa diez millones ochocientos mil pesetas repartidas a los accionistas.

Téngase en cuenta, además, que con todo el aumento acordado como minimum en las bases, el empleado de más categoría en el escalafón, excepción hecha de los apoderados, no cobra arriba de 550 pesetas al mes. Los apoderados llegan a percibir de 9.000 a 30.000 pesetas anuales. Un director de Banco tiene hasta treinta mil duros.

Su responsabilidad está proporcionada al cúmulo de intereses que se le confían, cierto. Ahora bien; la enorme diferencia entre los sueldos atribuidos a los altos cargos de un gran establecimiento bancario y al escalafón general de empleados, ¿corresponde con alguna justicia distributiva a un desnivel equivalente en la participación efectiva de sus negocios? No. Puede creer por tales muestras el cuentacorrentista profano, que otorga su confianza exclusivamente a la iniciativa, la actividad, la resolución de los directores, limitado todo el personal de las oficinas al empleo de mero escribiente; siendo así que tan complicada burocracia requiere en realidad una distribución intelectual del trabajo, sin remuneración adecuada en la práctica.

Los sindicatos de Banca y Bolsa no pretenden, sin embargo, modificación esencial ninguna en el régimen actual. Ajenos a toda veleidad política de orden general, aceptan como bueno el sistema económico de la oferta y la demanda, base comercial de la sociedad en que vivimos. Defienden—y cuán tímidamente!—su derecho a que se mejore la retribución del trabajo mercenario en esos sepulcros blanqueados y deslumbrantes por de fuera, sin luz, sin ventilación, sin espacio suficiente, que suelen ser los grandes Bancos.

En el primer conflicto suscitado al Sindicato por el Banco Español de Crédito, lo de menos ha sido el pretexto—despi-